

MAURIZIO DE GIOVANNI



Maurizio de Giovanni nació en Nápoles en 1958 ciudad en la que actualmente vive con sus hijos y su esposa Paola, fiel colaboradora.

Trabajaba como empleado de banca cuando con casi 50 años se apuntó a un curso de creación literaria humorística. Sus compañeros enviaron uno de sus relatos al concurso literario Tiro Rapido, patrocinado por Porche y celebrado en el Gran Café Gambrinus de Nápoles. Mientras estaba sentado pensando en qué escribir, una mujer se asomó a la ventana, sólo él la vio. Así nació Ricciardi un hombre que puede ver lo que los otros no ven. En principio como protagonista de un cuento ambientado en Nápoles cuando corrían los años 30 del siglo pasado, y el éxito de estas pocas páginas fue tan rotundo que el autor siguió trabajando.

Admirado por la crítica y el público italianos, y conocido ya en muchos países europeos, Maurizio de Giovanni es uno de los valores emergentes de la novela negra europea, digno compañero de Camilleri y Vázquez Montalbán.

Luigi Alfredo Ricciardi es comisario de la brigada móvil de la Real Jefatura Policía de Nápoles en los años 30. Nació en Fortino, Salerno. Hijo único del barón de Malomonte, fallecido muy joven. Su madre fue una mujer enferma.

Renunció a vivir de la fortuna familiar, estudió derecho e ingresó en la policía.

Tiene poco más de 30 años, delgado, de estatura media. Tez oscura, ojos verdes, nariz y labios finos, cabello negro peinado hacia atrás, con brillantina. Nunca lleva sombrero. Manos pequeñas, siempre en los bolsillos. Solitario, silencioso, taciturno, pasea mirando al suelo.

Tiene un gran secreto, que sufre desde niño y denomina "el Asunto". Ve a los fallecidos de muerte violenta y escucha sus últimos pensamientos. Trabaja en la vía Toledo. No cae bien a sus compañeros porque no lo comprenden ni conocen su vida privada y nunca le ven sonreír. Les asusta su capacidad casi sobrenatural para resolver crímenes. Tampoco agrada a sus jefes, no le reconocen los méritos ni la carrera que correspondería a sus resultados. Su superior directo es el subjefe Angelo Garzo, un arribista que cuida las relaciones con el poder.

Sólo hay dos personas con las que puede contar. Su compañero, el sargento Raffaele Maione. Moreno, peludo y corpulento. Tiene 50 años, está casado y es padre de cinco hijos. Perdió a uno de ellos hace 3 años y Ricciardi le transmitió sus últimas palabras, desde entonces es su escudero. Optimista, buena persona. Le gusta el trabajo de piernas, patear las calles mientras reúne información, nombres, hechos y pequeñas historias. Mientras Ricciardi escucha los pensamientos de los muertos, Maione examina la escena de un modo objetivo. Su otro amigo es el doctor Bruno Modo. Un forense a punto de jubilarse, arrinconado en

su profesión por oponerse a los fascistas. Con sus comentarios irónicos es el único capaz de hacer sonreír al comisario.

Su única familia es su tata Rosa, la mujer que le cuidó desde niño y todavía lo hace. Tiene 70 años, es pelmaza, indiscreta y muy mala cocinera pero quiere y mimar a Ricciardi.

Su único amor es una mujer a la que observa por la ventana mientras escucha música de jazz en la radio.

EL INVIERNO DEL COMISARIO RICCIARDI

Estamos en Nápoles y corre el año 1931, una época en que el fascismo en Italia goza de sus momentos de gloria. Es invierno, y la ciudad parece adormilada por el frío, pero el comisario Ricciardi no para de trabajar. Hombre de pocas palabras, solitario y terco, ha heredado de su madre un extraño poder: ve el último gesto de las víctimas de muerte violenta y escucha sus últimas palabras. Ese don le permite meterse de lleno en las investigaciones, pero le obliga a compartir parte del dolor de quien ha muerto. De ahí sus silencios y su mirada a veces extraviada.

En este primer caso vemos a Ricciardi en los camerinos del Teatro San Carlo de Nápoles. Ahí el gran tenor Arnaldo Vezzi, artista admirado por su talento y amigo personal de Mussolini, ha sido brutalmente asesinado justo antes de subir al escenario para cantar *I Pagliacci*. Poco a poco iremos descubriendo el verdadero carácter de Vezzi y veremos cumplirse una vez más la ley de Ricciardi: las víctimas de un crimen, vengan de donde vengan, hagan lo que hagan, sean pobres o ricos, acaban muriendo por hambre o por amor.

LA PRIMAVERA DEL COMISARIO RICCIARDI

Como siempre, Ricciardi, que tiene el don de ver a los muertos y escuchar sus últimas palabras, camina sin sombrero por las callejuelas de la ciudad, esta vez intentando buscar el culpable de la muerte de Carmela Calise, una anciana que vive en un piso miserable y se gana el sustento como vidente. Un buen día alguien la encuentra muerta, desfigurada por una paliza que parece instigada por el odio, y la investigación empieza.

Quien ayuda al comisario en su trabajo es Maione, un policía devoto, que perdona las excentricidades de Ricciardi y que en esta segunda entrega vivirá en carne propia las penas del corazón y el dolor de la renuncia. Como siempre en las aventuras de nuestro comisario, el amor y el hambre son el origen de todo mal, y algo de ese amor encontraremos incluso en la mirada reservada del comisario, que por la noche espía por la ventana los quehaceres de una señorita de buena familia.

EL VERANO DEL COMISARIO RICCIARDI

Corren los días más bochornosos del verano de 1931. La brisa marina no llega hasta las callejuelas de los bajos fondos de Nápoles, pero el mal de amores y el hambre siguen haciendo estragos, así que el comisario Ricciardi, junto al inseparable Maione, no descansa.

En esta ocasión tendrá que descubrir el culpable de la muerte de la duquesa de Camparino, una mujer hermosa que alimenta los cotilleos de nobles y burgueses y no pasa desapercibida en ninguna fiesta. Una buena mañana la gran dama aparece asesinada en uno de los salones de su mansión, y la investigación empieza. Como siempre, Ricciardi puede oír las últimas palabras pronunciadas por la mujer antes de su muerte, y empieza a estirar de un hilo que se va haciendo cada vez más complejo. Mientras el comisario investiga, Enrica, la joven que él ama en secreto y no se atreve a abordar, tendrá que vérselas con un pretendiente impuesto por la familia, un joven que tiene todas las cualidades para ser un buen marido, pero la chica no olvida los ojos verdes de Ricciardi, su mirada tímida y a veces extraviada de hombre marcado por un destino que le obliga a la soledad. En esta tercera entrega de la serie del comisario Ricciardi, la fuerza y el estilo de De Giovanni se va desplegando; ahora más que nunca la ciudad de Nápoles respira al compás de una escritura que es potente a la hora de describir los hechos y piadosa cuando tiene que bregar con las emociones.

EL OTOÑO DEL COMISARIO RICCIARDI

Finales de octubre de 1931. El Día de Todos los Santos se acerca y en Nápoles llueve como si la naturaleza quisiera convertirse en el telón de fondo adecuado para la tristeza del momento. A primera hora de la mañana, sentado en los peldaños de una escalera que lleva a Capodimonte, alguien descubre el cadáver de un niño: el pequeño cuerpo permanece sentado, compuesto, parece que la muerte haya querido respetar su dignidad.

A su lado descansa un perro. Los trapos que cubren el cuerpo del chiquillo y su rostro consumido hablan por sí solos de miseria y soledad. Un investigador cualquiera habría pensado en una muerte natural por inanición, pero el comisario Ricciardi piensa que hay algo que no encaja en las investigaciones rutinarias que siguen, y la autopsia no hace más que confirmar lo que Ricciardi ya había intuido. Así, descubriremos que el niño contaba con la visita de una especie de hada madrina que de vez en cuando venía a recogerlo en un gran coche, le dedicaba unas horas de distracción, y solía regalarle unas galletas deliciosas que el niño comía con devoción.

CON MIS PROPIAS MANOS

La Navidad del inspector Ricciardi. Es una mañana gris de diciembre de 1931, se acercan las fiestas de Navidad, y Nápoles es una ciudad famosa por sus belenes. Justo en esta época tan especial del año, y mientras el régimen fascista de Mussolini se afana en demostrar un absoluto control sobre la delincuencia para que el ciudadano de a pie se sienta seguro, de repente el comisario Ricciardi tiene que resolver un doble crimen: Emanuele Garofalo, jefe de una milicia, y su esposa Costanza han sido brutalmente asesinados. Ricciardi, tras oír como de costumbre las últimas palabras de los dos muertos, arranca la investigación de la mano del inseparable Maione, pero lo único que tiene entre manos son los pedazos de una figurita de San José, que alguien tiró al suelo con vehemencia... Mientras tanto, en la penumbra, hay dos mujeres que pelean por el corazón del

comisario, y cada cual lo hace a su manera, buscando al hombre que se esconde tras unos ojos verdes, tristes y fríos.

Y TODO A MEDIA LUZ

Corre el año 1932. Ha llegado la primavera a Nápoles, y las calles se llenan de gente dispuesta a estrenar vestidos ligeros y pamelas, pero Ricciardi está demasiado ocupado resolviendo un nuevo caso como para percatarse de que el aire es ahora más ligero: Rosaria, una joven de veinticinco años, ha sido asfixiada en su habitación del famoso burdel Paraíso con una almohada. Allí la encuentran Ricciardi y su inseparable ayudante Maione, descompuesta entre las sábanas, con signos evidentes de asfixia, pero sin otras heridas que puedan delatar al asesino. Al parecer, tampoco falta nada importante que pueda hacer pensar en un robo, y el asunto se complica...

Muy pronto Ricciardi y Maione descubren que Rosaria era una prostituta muy especial, tanto que la llamaban Víbora. Su belleza y sus artes amorosas eran conocidas en toda la ciudad, hasta el punto de que Sergio Ventrone, un distinguido caballero, estaba pagando sus servicios en exclusiva, y Giuseppe Coppola, un joven repartidor de fruta, estaba dispuesto a casarse con ella. Giuseppe fue el último hombre que la vio viva, y Ventrone el primero que la vio muerta: ¿quién más la vio entre una visita y otra?

Al final el caso tendrá una resolución insólita, pero el lector descubrirá una vez más que el amor y el hambre están siempre ligados a las muertes violentas, y quien mejor sabe hilvanar estas pasiones es Maurizio de Giovanni.

EL METODO DEL COCODRILO

Esto es Nápoles como nunca se había visto: una ciudad caótica cuyos callejones arrojan sombras y ecos de pasos inciertos. Los napolitanos viven absortos en sus preocupaciones cotidianas, de espaldas a la comunidad. En esta atmósfera un asesino puede cometer sus crímenes con bastante soltura, pasar desapercibido entre la multitud y volverse prácticamente invisible. Tres jóvenes que aparentemente no tienen nada en común aparecen muertos tras haber recibido un tiro mortal, a modo de ejecución. El inspector Giuseppe Lojacono acaba de ser transferido de Sicilia a Nápoles tras verse implicado en un turbio caso con la mafia. Arrastrado por su instinto y por circunstancias personales difíciles, se propone descubrir quién está detrás de los asesinatos. En su empeño se verá acompañado por la joven y atractiva magistrada Laura Piras, que ha oído hablar de la increíble habilidad de Lojacono, de su capacidad de observación y deducción. Las primeras investigaciones señalan a un asesino frío y metódico, que la prensa ha bautizado como «El Cocodrilo», porque, al igual que el reptil, es una máquina de matar perfecta y despiadada. Y al igual que el animal, cuando devora a sus víctimas llora, pero las suyas son... lágrimas de cocodrilo. En el origen de estos asesinatos se descubrirá un dolor arraigado y ancestral, una culpa que no ha sido purgada y un amor que todo lo consume.

LOS BASTARDOS DE PIZZOFALCONE

Pizzofalcone es un distrito de Nápoles que empieza en los barrios españoles y llega hasta el mar. Un distrito muy poblado en el que conviven varios estratos, desde el bajo proletario a la aristocracia. En la comisaría del distrito está destinado Giuseppe Lojacono, el inspector de origen siciliano que fue acusado de vender información a la mafia y para quien Nápoles debía servir de correctivo. El nuevo equipo de investigación también acaba de aterrizar en la comisaría: los llamados «bastardos». Seis policías que han sido enviados allí para sustituir a agente corruptos. Cuatro hombres y dos mujeres que aman su trabajo como quien ama a una amante peligrosa. Pero esa no es la única peculiaridad que comparten estos antihéroes: todos tienen algo que ocultar o que hacerse perdonar y nada que perder. Por eso, cuando una dama de la alta sociedad, Cecilia De Santis, aparece brutalmente asesinada en su elegante apartamento de la playa, se vuelcan en la investigación con sorprendente celo. El macabro hallazgo obliga al inspector Lojacono a instalarse en el barrio marítimo para esclarecer el asesinato. Sus colegas Romano y Di Nardo intentan averiguar por qué una hermosísima joven nunca sale de casa y el viejo Pisanelli persiste en su obsesión por una serie de suicidios sospechosamente parecidos. El melancólico Lojacono y sus secuaces se proponen desentrañar las claves de todos estos asuntos en un Nápoles abatido por una tormenta de lluvia y salobre, y, en el durante, luchan por mantenerse a flote en su vida privada. ¿Saldrán airosos de su propósito?